La historia de un chanchito cubano

Un famoso director de orquesta murió en La Habana. Murió de una muerte fulminante, ni siquiera pudo darse cuenta de lo que estaba pasando. Al pobre famoso director de orquesta se le cayó un chanchito encima. El golpe fue letal y en un instante se acabó la historia del famoso director de orquesta. Todo eso fue porque un día se fue a gritar debajo del balcón de María: "¡María¡ ¡María¡ " para que ella se asomara al balcón ya que el famoso director de orquesta le tenía algo que decir. Todas las cubanas se asoman al balcón al oír su nombre. Pero aquel día el famoso director de orquesta gritaba y María no aparecía…

María tenía un chanchito. Era un chanchito pequeño, un chanchito bebe. En aquella época en Cuba no se podía comer como a uno se le pegaba la gana, el hambre nunca podía ser enteramente satisfecha. Por eso, un día, María había viajado al campo. Allá compró el chanchito, que era para entonces aún más bebe. Al chanchito se lo tomo de vuelta a La Habana en gran secreto. Desde aquel día el chancho vivía con María. Tenía derecho a entrar en todas las habitaciones, comía todos los días, e incluso a veces le hablaba María. El chancho andaba chocho y la única ley era que no se debía salir de la casa, nadie tenía que llegar a conocer su existencia y su estadía en la casa.

María no era tan fea pero tampoco era tan linda. Había llegado a una edad en la cual no se podía decir cuál era su edad, no se la notaba demasiado vieja pero tampoco se la notaba tan joven. María era simpática y conocía a todos sus vecinos, pero tampoco les hablaba demasiado. Es que con el gran secreto del chancho prefería evitar darles las ganas de entrar a su parte de la casa compartida. Pero al chanchito le gustaba charlar, y el chanchito hacía ruiditos agudos soplando por su nariz aplastada. Cuando los vecinos preguntaron a María de dónde provenían aquellos ruidos ella respondió que por fin se había encontrado novio. Eso por supuesto no era cierto, pero por un tiempo satisfizo a los vecinos. María, por su parte, no estaba satisfecha con semejante mentira porque le hacía recuerdo al hecho de que ella no tenía novio. A veces se lo imaginaba al novio, es que tenía un enamorado imaginario. Antes de que llegara el chancho se lo imaginaba joven y musculoso, inteligente pero tampoco demasiado porque la verdad querría poder entenderlo al novio, que no hable de cosas muy complicadas, y ya que era tan musculoso la verdad no hacía falta la inteligencia. Una vez que entró el chanchito en su vida, María empezó poco a poco a hablarle. Al principio no le hablaba nada. Pero se dio cuenta que era más práctico hablarle para que venga a comer, y eso sí que necesitaba comer ya que María quería que engorde mucho el chanchito. Se acostumbró a llamarlo para que venga a comer: "¡Aquí chanchito, a comer chanchito¡". Y después se acostumbró a hablarle al chanchito mientras comía: "¿Te gusta la comida chanchito? ¿Quién es la buenita que te da la comida, chanchito?". Con aún más tiempo María empezó a hablarle al chanchito siempre que estaba a la casa. Cuando se inventó a la mentira del novio, María empezó a dar más particularidades al novio imaginario inspiradas del chanchito. Decidió que al novio le gustaba mucho comer y que siempre hacía mucho ruido cuando comía, le gustaba caminar por toda la casa y siempre que María salía al balcón salía con ella, pero siempre se quedaba un poco atrás para que no le pescara nadie, y esa era una consigna muy clara que tenía el chanchito. María incluso empezó a llamarlo al novio imaginario "mi chancho". Pero María no era loca y sabía muy bien que el novio y el chancho no eran la misma persona, tenía sus límites.

El que no se preocupaba por no tener novia era el famoso director de orquestra. A él se le notaba como un señor ya mayor aunque en muy buena forma. Era bien delgadito pero tenía mucho vigor. El famoso director de orquesta era muy famoso e incluso salía a menudo de la isla para dar

conciertos por todo el mundo. Su vida se resumía a la música y no había quien hacía vibrar al corazón de los músicos de la orquesta como él. Aunque viajaba por el vasto mundo él siempre volvía a Cuba. Cuando volvía iba siempre a los mismos lugares y se veía siempre con las mismas personas. Por lo menos así es que le gustaba y así intentaba siempre hacer. Porque ya que era tan talentoso y famoso siempre los de la Ópera lo querían llevar a todas partes, y siempre llegaban jóvenes músicos a pedirle consejos. Al famoso director de orquesta le gustaba compartir su amor y conocimiento de la música, pero le resultaba muy difícil conocer a nuevas personas ya que, por lo bueno que era, no quería olvidarse de la nueva persona y recordarse continuamente de toda la gente que había conocido en su vida le resultaba un gran esfuerzo de memoria. Su memoria casi nunca le fallecía y a su alrededor todos se sentían siempre muy honrados de que él se acordara tan bien de un encuentro, tan corto haya sido. Sin embargo, desde unos años le resultaba ser cada vez más esfuerzo y el famoso director de orquesta intentaba hacerse cada vez más discreto para que no lo vengan a buscar. Mientras María vivía con su novio el chancho (o más bien su novio imaginario el chanchito), esperando impacientemente el día en el cual el chanchito se haya vuelto chancho grande y gordo para que se lo pueda comer, el famoso director de orquesta no reflexionaba tanto en lo que iba a comer. A él no le interesó viajar al campo para ir a buscarse un chanchito y criarlo hasta que se haya vuelto bien gordo. Además el único amor del famoso director de orquesta era la música y para él encargarse de un chanchito hubiera sido trabajo fútil e inútil. Encima él viajaba mucho y comía afuera todo lo que se le pegaba la gana y no pasaba hambre. Por eso cuando volvía a La Habana no se preocupaba mucho por comer ya que tenía la impresión de haber hecho reserva durante su viaje, como el oso que come mucho para alistarse a hibernar. Además, cumulando su deseo de no ser molestado con el hecho de que después de cierto tiempo se gastaban las reservas, el famoso director de orquesta intentaba nunca quedarse demasiado tiempo en La Habana.

A María el famoso director de orquesta la conocía desde siempre. Pero ahora él viajaba por el mundo y ella no. De más jóvenes él había hecho estudios y ella no. Y de más jóvenes aún ella lo había querido a él y él a ella no. Sin embargo eran amigos y se veían a menudo. Incluso el famoso director de orquesta sabía el secreto de María y era el único que venía a almorzar a la casa y que lo veía al chanchito. Como era el único visitante de María y que las vecinas espiaban mucho llegaron a la conclusión de que el famoso director de orquesta era el novio de María, y se quedaron muy impresionadas con ese hombre ya mayor y tan flaco que resultaba ser tan enérgico y deportivo. Cuando venía a casa de María, él y María hablaban de todo.

- ¿Qué comemos hoy María?
- Moros y cristianos.
- ¿Y el chancho? ¿Cuándo lo vas a comer? Hace ya meses que está aquí.
- ¿Estás loco? ¿No te das cuenta que es muy chiquito aún?
- Pero, ¿no te da gana de comerlo ya?
- ¿Cómo? Si en unos años estará muy grande y gordo y que hará cinco o seis veces más carne de comer…
- Bueno…

El famoso director de orquesta suspiró. Es que no estaba tan seguro de seguir viniendo a la casa de María en unos años más. Se quedó silencioso un ratito y medito cómo le iba a compartir esa duda a María, no la quería asustar pero la verdad es él quien estaba muy preocupado y le hubiera gustado poder compartir su preocupación con alguien. Al fin de cuentas dijo:

- Que pena para el chanchito. Quién sabe si estaré yo aún aquí el día que lo comerás.
- ¿Por qué dices esto?
- Ando preocupado María…

María le preguntó por qué pero no contestó enseguida. María le insistió y se acercó y dijo en voz baja:

- Me estoy haciendo viejo. Y ya no le gusta al… ya no le gustan que yo viaje por todo el mundo.
- ¿Te van a sacar crees?
- Hay muchos jóvenes con talento…
- ¿Ya no vas a ser tú el director de la orquesta?
- Tengo el presentimiento de que se está acabando.
- ¿Y cuándo será eso?
- ¡Quién sabe!
- Pero, ¿cómo vas a vivir?

El famoso director de orquesta suspiró de nuevo y se encojó de los hombros. Lo que no quería que pase pasó: María sí estaba preocupada por él. También es que María estaba siempre preocupada por él. Desde que se conocieron ella era quién más por él se preocupaba, y la que más esfuerzos hacía para él. Acabaron de comer y mientras él andaba prendiendo su cigarro en el balcón María se acercó y dijo:

- Si cuando llegue este triste momento te encuentras en dificultad por el dinero puedes venirte a vivir conmigo.
- ¿Qué dices?
- ¿Es buena idea, no? ¿Te das cuenta que nunca hemos vivido bajo un mismo techo? Sabes que yo siempre te he abierto las puertas de mi casa… Me hubiera gustado que viviríamos juntos.
- Estás empezando a decir tonterías…
- No son tonterías.
- ¡Basta ya!
- ¿Cómo que "ya basta"? ¡Hace cuarenta años que te escapas de esta discusión y soy yo la que estoy harta!

El famoso director de orquesta estaba muy penado porque hubiera querido fumar su cigarro tranquilo pero ahora ni siquiera podía disfrutar del sabor, las palabras de María le confundían todos los sentidos. Se tranquilizó y pensó que también había que tranquilizarla a María así que dijo con una voz muy suave:

- ¿De qué estás hablando, María?
- No te hagas al tonto, tú sabes muy bien de lo que estoy hablando.
- No, no creo, A ver, explícame tú.
- Ay, todo eso es mi culpa. Soy muy tonta de quererte tanto.
- Yo también te quiero…
- ¡Te dije que no te hagas al tonto!

María parecía bastante enfadada. Decidió de que por última vez iba a intentar razonar con él para que él se dé cuenta de que hubieran tenido que vivir juntos todo ese tiempo, que desde niños cuando eran vecinos en el pueblo se llevaban tan bien, de que ella había venido hasta La Habana para él aunque no pudo hacer estudios y se tuvo que encontrar trabajo en un salón de peluquería. De eso le habló con mucho alento y muchos gestos amplios. También le explicó que ella hubiera estado siempre a su lado y que nadie como ella hubiera podido entender los altos y bajos de la vida de un famoso director de orquesta. Que nadie como ella hubiera sido tan presente en los altos, los viajes a Nueva York, la fama… como en los bajos, el inmanejable día a día de un genio artístico. Se hubieran peleado tanto, su vida hubiera sido miserable a veces, pero eso ella le perdonaba a él. Habló mucho y no dejó que el famoso director de orquesta la interrumpa. Y cuando acabó de exponer la vida que hubieran tenido de tener siguió así:

- Pero ya, lo hecho esta hecho… Sufrí cada día pero te puedo perdonar. Pero aún hay mucho por vivir. No importa ya si te echan de la Ópera, vente a vivir aquí conmigo y seamos felices.

El famoso director de orquesta estaba muy desesperado por semejante discurso. Él no era tonto y, desde el principio, se había dado cuenta de que le gustaba a María. Pero se había imaginado que, como él no estaba interesado, y que encima andaba siempre viajando, ella se había pronto olvidado de él. Encima se habían convertidos con los años en buenos amigos, ¿quién va a pensar así de su buen amigo?, ¡Un buen amigo es un buen amigo y nada más! A pesar de su desencanto tras el descubrimiento de los sentimientos de María conservó la calma y contestó:

- A ver, tranquilízate. Nos conocemos desde cuarenta años, nos queremos mucho. Tú sabes que no te quiero así como tú me dices que me quieres a mí, pero sabes también que te quiero mucho.
- ¿Y por qué no me quieres cómo yo te quiero?
- ¡Pero porque eres como mi hermana!
- ¿Cómo puedes decir eso?
- De niños éramos inseparables, crecimos y nos volvimos a encontrar en La Habana, cada vez que vuelvo me invitas a comer a tu casa… ¡eso es complicidad, es hermandad!
- No, vez todo lo que dices: ¡Eso es amor!
- Bueno, entonces será una cuestión de perspectiva.

Se quedaron en silencio un rato. El famoso director de orquesta prendió nuevo cigarro. A su alrededor habían otros cubanos en sus balcones, también unos asomados a sus ventanas, otros en la calle, caminando, vendiendo fruta… el chanchito también había salido al balcón. Es que le gustaba mucho escuchar las voces humanas y los ruidos de la calle. Pero se quedaba un poco atrás ya que sabía que a María no le gustaría que avance demasiado en el balcón. María estaba muy herida de la reacción del famoso director de orquesta. Pero lo dicho era dicho y estaba dispuesta a olvidarse del asunto por hoy. Sin embargo primero quería hacer una última tentativa y dijo:

- Pues, pena que no quieras de mí. No habrá nadie que te ayude cuando estés sólo, sin trabajo y sin dinero, en mi casa hubieras vivido muy bien.
- ¡Eso no lo dudo María! Pero sabes, no voy a necesitar casa aquí.
- ¿Y por qué no?

- Es un secreto. ¡Prométeme de no hablar de eso a nadie!
- Te lo prometo.
- Hace más de treinta años que doy un concierto anual en Berlín. Cuando estaba empezando en esa carrera conocí allá a una familia muy culta que se interesó en mí. Y los seguía viendo cada año. Y ahora, se murieron mis protectores, pero sus nietos me invitaron a quedarme en Berlín. Tienen mucha propiedad y me proponen un cuarto. Además ya mucha gente me conoce allá y podré seguir trabajando, o encontrar trabajo como profesor.

El famoso director de orquesta estaba muy feliz de su plan y pensaba que María se entusiasmaría de saberlo tan preparado y protegido, pero ella no dijo nada. Después de otro rato el famoso director de orquesta se levantó.

- Ya soy viejo y cansado. Me voy a Berlín.
- ¿No nos vamos a ver más entonces?
- Es posible que no.
- Bueno… adiós.
- Espera, no te enojes así. Sabes que no hay otra cosa que hacer. ¡No quiero que nos peleemos en lo que es tal vez nuestro último día juntos!
- ¡¿Tan pronto te vas?!
- Todo eso es un poco complicado de organizar, me voy cuando me vengan a buscar y que pueda salir en toda discreción. Puede ser en un rato, puedo ser muy pronto…
- ¡Viejo desgraciado! ¡Me estás abandonando! ¡A todos nos estás abandonando!
- María…
- ¡Ándate ya! ¡Ya no te quiero ver!

María lo hecho fuera de la casa al famoso director de orquesta. Y así se acabó su día juntos. Unos días después lo vinieron a buscar al famoso director de orquesta. Alisto sus cosas. Pero le daba mucha pena pensar que se iba a ir y que seguirán por siempre peleados con María. Más, ella sí era como su hermanita y no la quería dejar sin haberse hecho perdonar. Así que se fue lo más rápido posible a la casa de María. Desde la calle empezó a gritar: "¡María, María!" para que se asomara al balcón, todas las cubanas se asoman al balcón. Pero María no aparecía así que de nuevo gritó: "¡María, María!". El famoso director de orquesta se quedó debajo del balcón gritando "¡María, María!". Y es así que se murió de una muerte fulminante cuando se le cayó el chanchito por encima. Se le cayó exactamente encima, en su cabeza que tiene tan buena memoria. El famoso director de orquesta se murió enseguida. En la calle todos vinieron a ver. María salió de la casa corriendo y gritaba: "¡El chanchito! ¡Me han matado al chanchito!".

Así es que se murió el famoso director de orquesta. Por suerte el chanchito salió ileso del incidente trágico. María perdió su amigo más querido pero no perdió al chanchito. El chanchito creció hasta convertirse en un chancho grande y gordo. Y María se lo comió con sus vecinos ya que, tras el accidente todos se enteraron de su secreto y que ahora se habían convertido todos en buenos amigos.